

# #8

Documento de Trabajo del IPES  
Estudios comparados

**Las relaciones entre familia,  
educación y equidad en los  
países de América Latina**

Ruben Kaztman

IPES



**Universidad  
Católica**

DAMASO A. LARRAÑAGA • URUGUAY



## **Las relaciones entre familia, educación y equidad en los países de América Latina\***

Rubén Kaztman

\* El presente documento fue publicado en el Informe sobre tendencias sociales y educativas, en el marco del proyecto SITEAL, organizado por Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación de la UNESCO en Buenos Aires y la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 2007.

CDD 300  
ISSN: 1510-5628

***Serie Documentos de Trabajo del IPES / Colección Estudios Comparados Nº 8***

Las naciones presentan diferentes niveles de desarrollo social, diferentes estructuras de oportunidades así como diversos grados y tipos de pobreza y exclusión. A su vez enfrentan estos desafíos de manera diversa. Esta serie pretende ofrecer panoramas comparados de desarrollo social y extraer lecciones de dichas comparaciones que permitan a la comunidad académica y a los tomadores de decisión conocer mejor las realidades nacionales, sus niveles relativos de desarrollo y las causas detrás de logros y problemas del desarrollo humano.

Programa IPES  
Facultad de Ciencias Humanas  
Universidad Católica del Uruguay  
Dep. Legal 326.861

© 2008, Universidad Católica del Uruguay

Para obtener la autorización para la reproducción o traducción total o parcial de este documento debe formularse la correspondiente solicitud a la Universidad Católica del Uruguay (IPES), solicitud que será bien acogida. No obstante, ciertos extractos breves de esta publicación pueden reproducirse sin autorización, con la condición de que se mencione la fuente.

La brecha entre los logros educativos de niños y adolescentes de distintas clases sociales refleja tanto el compromiso de los responsables de las políticas públicas con la equidad social como la eficacia de sus esfuerzos por disociar esos logros de las características socioeconómicas de las familias de origen. Dos características de las familias permiten predecir las variaciones en los rendimientos escolares de los niños: su configuración de activos y sus formas de constitución. En ambas características las familias urbanas están experimentando cambios profundos que afectan sus capacidades para socializar a las nuevas generaciones. Como esos cambios se producen con modalidades y ritmos distintos según las clases, resulta fundamental avanzar en nuestra comprensión de los mecanismos que actúan en cada clase para producir y reproducir las inequidades sociales.

En todos los países de la región para los que se dispone de información se observa un claro aumento de nacimientos de niños concebidos fuera del matrimonio y de familias en las que los niños no conviven con ambos padres biológicos, ya se trate de unidades monoparentales o de familias ensambladas. Estos fenómenos suelen traducirse en la ausencia, la debilidad o la inestabilidad de los aportes por parte de uno de los progenitores biológicos, lo que implica, a su vez, una reducción relativa del volumen de recursos familiares disponibles para la crianza y una carga mayor de los esfuerzos que debe hacer el progenitor que queda a cargo de los niños para compensar esos *déficits*.

Estos procesos afectan particularmente la capacidad de socialización de las familias de sectores populares urbanos: con una configuración de activos físicos, humanos y sociales debilitada por la fragilidad de su constitución, deben preparar a sus hijos para la participación en sociedades que exigen, para su inclusión futura en los circuitos económicos y sociales principales, niveles inéditos de habilidades cognitivas y destrezas sociales.

Pero también se observan modificaciones en el comportamiento y en la situación de las mujeres que fortalecen la capacidad de socialización familiar. Me refiero, por ejemplo, al aumento de la edad promedio del primer embarazo, a la reducción de las tasas de fecundidad, a la notable elevación de los años de estudio que completan las madres y también al notable aumento de sus tasas de participación en el mercado de trabajo. Pese al contexto general de estructuras familiares más inestables, relaciones conyugales más conflictivas y exigencias mayores en cuanto a los montos de inversión que demanda el desarrollo de cada niño, los hogares en los que se verifican estos cambios cuentan con mayores recursos humanos y financieros para lidiar con cargas reproductivas menores y, por ende, con mejores condiciones que otros para enfrentar los desafíos de la reproducción social.

El balance entre recursos y obligaciones, sin embargo, es diferente en los distintos estratos sociales. Primero, el peso de los hogares monoparentales y los reconstituidos es mayor en los estratos populares que en el resto de la población de las ciudades. Segundo, si bien las tasas de participación femenina aumentan en todos los estratos, en los de menos recursos el vínculo con el mercado de trabajo se torna muy frágil. Tal como sucede entre los hombres, también se observa una ampliación de las brechas en las tasas de participación y desempleo,

en el acceso a ocupaciones formales y en el ingreso, entre mujeres calificadas y no calificadas, lo que incrementa las diferencias en cuanto al aporte económico que pueden hacer esas madres a sus hogares. Tercero, también se acentúan las diferencias de clase en cuanto a la edad del primer embarazo y a las tasas de fecundidad. La consideración de todos estos factores ayuda a entender las diferencias entre estratos en cuanto a la capacidad de socialización de las nuevas generaciones. Mientras las familias de los estratos medios y altos parecen haber encontrado condiciones que favorecen un mejor equilibrio entre recursos y demandas, en las familias de estratos populares urbanos esa relación muestra un desajuste creciente. Las diferencias señaladas tienen importantes implicaciones sobre la configuración de los recursos familiares disponibles para la atención de los niños y también sobre las probabilidades de que estos queden expuestos a las tensiones emocionales que provoca la ausencia de uno de los progenitores, el proceso de disolución de la pareja o la constitución de una nueva. Si bien se carece de evidencia sobre la intensidad y duración de esos posibles efectos sobre los niños, no parece razonable negar su existencia. Y tampoco resulta razonable desconocer que los padres que procuran resguardar a sus hijos de las potenciales consecuencias negativas de inestabilidades y conflictos en las relaciones conyugales se ven forzados a dedicar tiempo y recursos adicionales a su cuidado y protección, sobrecarga que en la mayoría de los casos recae sobre las madres.

Con respecto a los comportamientos demográficos, en las clases bajas, con mayor frecuencia que en otras clases urbanas, se superponen comportamientos propios de la primera y de la segunda transición demográfica. El alto cociente de niños/adultos que resulta de la combinación de alta fecundidad con altas proporciones de hogares monoparentales reduce la cuota de atención que cada niño puede reclamar con éxito de los adultos, lo que tiene implicaciones negativas sobre el rendimiento educativo.

La superposición de esos dos fenómenos señala de este modo un punto crucial de intervención para las políticas que procuran neutralizar los efectos de la herencia social. Para elaborar esas políticas resulta imprescindible un conocimiento mayor de las causas de las altas tasas de fecundidad entre las madres urbanas con baja educación, y de la distancia entre la reproducción deseada y la real<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Tras un análisis detallado de la literatura sobre el tema, Cleland (2002) concluye que gran parte del efecto de la educación sobre la fecundidad se canaliza a través de una mayor identificación y confianza en las instituciones modernas, entre las que se incluyen las que proveen salud, lo que favorecería una propensión a “trasladar a prácticas anticonceptivas el deseo de postergar o limitar los nacimientos”. Otra línea de interpretación se dirige más bien a poner en cuestión la firmeza de ese deseo. A este respecto, debe tomarse en cuenta que, desde el punto de vista de las mujeres que han abandonado la esperanza de una mejora significativa de sus condiciones de vida a través del trabajo, la maternidad plantea costos de oportunidad relativamente bajos. En ese contexto, es probable que la voluntad de limitar la procreación sea menos vigorosa que en el caso de las clases medias, donde está articulada y apuntalada por proyectos de realización personal y familiar donde el control sobre el número de hijos juega un papel central. Estas consideraciones permiten reformular bajo un paraguas conceptual más amplio las observaciones de Cleland, concibiendo la debilidad de la identificación y de la confianza en las instituciones modernas como otra de las muchas formas en que se manifiesta la exclusión de las mujeres de baja educación de los circuitos sociales y económicos principales de la sociedad. Sin duda, esta situación no estimula la adopción de lógicas de largo plazo que premian la inversión en la educación de los niños y que llevan a decisiones reproductivas compatibles con esa meta.

La combinación de ambos factores, composición del hogar y capital educativo, los potencia, generando un espectro de situaciones muy heterogéneo. Por un lado, es posible imaginar un hogar monoparental con niños, en el que su jefe (seguramente, mujer) tiene muy bajo nivel educativo. En el otro, un hogar en que conviven jefe y cónyuge, portadores de un capital educativo muy alto. Sobre ambos recae la responsabilidad de crear las condiciones para que sus hijos puedan recibir una educación de calidad. El primer hogar seguramente obtendrá sus ingresos desde los márgenes del sector informal. Comparado con este, la probabilidad que tiene el segundo de insertarse en el sector más dinámico de la economía es cerca de diez veces mayor.

### **Calidad de Viva, Dinámica Familiar y Estrategias de Supervivencia de los hogares.**

El nivel de recursos que tiene cada familia y el tipo de inserción ocupacional que logra a partir de tales recursos se traduce en dinámicas familiares y calidades de vida muy diferentes. El modo en que se organiza la vida cotidiana, la distribución de responsabilidades dentro del hogar y las estrategias de vida son distintas y se traducen en niveles de bienestar muy diversos. Un primer indicador que permite aproximarse a esta variedad de situaciones es el porcentaje de familias en las que el jefe y su cónyuge son los principales proveedores de ingresos al hogar. Esta estimación cobra sentido si se considera que las familias con menores recursos tienen que recurrir al trabajo de otros miembros, particularmente de los hijos, como estrategia de supervivencia. La tabla 2.4 permite constatar que, en América Latina, un alto porcentaje de hogares (el 89,2%) están sostenidos principalmente por sus referentes adultos y, a medida que los recursos disponibles se incrementan, también crece la probabilidad de que los principales proveedores coincidan con la figura del jefe o su cónyuge. En este sentido, se registra una diferencia de 30 puntos porcentuales entre los hogares con menos recursos y los que cuentan con los mayores recursos (68,5% y 97,6%, respectivamente). La presencia de ambos cónyuges resulta relevante ya que, en las familias biparentales, particularmente en las de capital educativo bajo y medio, aumenta significativamente el porcentaje de hogares cuyos principales proveedores son el jefe o su cónyuge.

La relación que los hogares establecen con el mercado laboral en cuanto a su capacidad de ser sostenidos por sus referentes incide en todos los niveles construidos con los recursos del hogar. No obstante, es mayor la proporción de hogares rurales sostenidos por el jefe o su cónyuge que la observada entre los hogares urbanos en la peor situación, es decir, aquellos cuyos integrantes trabajan por cuenta propia o en un contexto familiar, en el sector informal de la economía.

**Cuadro 1**

Porcentaje de hogares en los que el jefe o su cónyuge son los principales proveedores según inserción laboral del hogar por capital educativo y composición del núcleo conyugal. América Latina (15 países), 2005							
INSERCIÓN LABORAL DEL HOGAR	CAPITAL EDUCATIVO Y COMPOSICIÓN DEL NÚCLEO CONYUGAL						TOTAL
	CAPITAL EDUCATIVO BAJO		CAPITAL EDUCATIVO MEDIO		CAPITAL EDUCATIVO ALTO		
	HOGAR MONO-PARENTAL	HOGAR BIPA-RENTAL	HOGAR MONO-PARENTAL	HOGAR BIPA-RENTAL	HOGAR MONO-PARENTAL	HOGAR BIPA-RENTAL	
SECTOR FORMAL ALTO	74,7	87,9	82,9	96,0	94,0	98,0	94,2
SECTOR FORMAL MEDIO	68,8	87,0	81,0	94,4	89,8	98,0	91,7
SECTOR FORMAL BAJO	68,8	86,8	81,1	93,6	91,6	97,9	89,2
SECTOR INFORMAL ESTABLE	70,4	85,9	80,8	93,8	91,7	96,5	88,2
SECTOR INFORMAL MARGINAL	48,6	75,2	63,9	80,2	73,4	75,2	71,7
ÁREA RURAL	70,8	86,4	85,0	95,2	93,0	96,5	87,4
<b>TOTAL</b>	<b>68,5</b>	<b>86,0</b>	<b>81,0</b>	<b>94,2</b>	<b>91,9</b>	<b>97,6</b>	<b>89,2</b>

FUENTE: SITEAL

Cuando las familias encuentran dificultades para generar condiciones de vida aceptables, es habitual que opten por convivir con otras personas que pueden pertenecer a la familia, o no. La tabla 2 muestra en qué medida las diferentes formas de articulación entre los recursos disponibles de los hogares y el lugar que logran en el mundo del trabajo se traducen en la necesidad de conformar hogares ampliados, en los que la familia nuclear convive con otras personas.

**Cuadro 2**

Porcentaje de hogares ampliados según inserción laboral del hogar por capital educativo y composición del núcleo conyugal. América Latina (15 países), 2005							
CAPITAL EDUCATIVO Y COMPOSICIÓN DEL NÚCLEO CONYUGAL							TOTAL
INSERCIÓN LABORAL DEL HOGAR	CAPITAL EDUCATIVO BAJO		CAPITAL EDUCATIVO MEDIO		CAPITAL EDUCATIVO ALTO		
	HOGAR MONO-PARENTAL	HOGAR BIPA-RENTAL	HOGAR MONO-PARENTAL	HOGAR BIPA-RENTAL	HOGAR MONO-PARENTAL	HOGAR BIPA-RENTAL	
SECTOR FORMAL ALTO	37,9	21,3	28,8	14,0	26,0	13,8	16,9
SECTOR FORMAL MEDIO	36,5	22,6	28,7	15,8	24,1	11,3	17,7
SECTOR FORMAL BAJO	39,6	22,4	31,1	15,4	29,0	13,9	19,9
SECTOR INFORMAL ESTABLE	35,6	21,2	28,8	15,8	22,6	13,9	20,0
SECTOR INFORMAL MARGINAL	52,4	29,6	36,6	23,2	38,9	26,1	31,0
ÁREA RURAL	43,3	23,7	28,0	14,6	23,8	17,9	22,4
<b>TOTAL</b>	<b>40,2</b>	<b>23,0</b>	<b>29,6</b>	<b>15,4</b>	<b>25,7</b>	<b>13,3</b>	<b>20,0</b>

FUENTE: SITEAL

Como lo muestra la tabla 2, en uno de cada cinco hogares nucleares residen otras personas que no necesariamente están vinculadas por relaciones de parentesco con el jefe de la familia. La presencia de otros miembros de la familia –como padres o hermanos del jefe o su cónyuge– es más frecuente en los hogares monoparentales y, entre ellos, en los de menores recursos educativos. Comparando situaciones polares, los hogares monoparentales ampliados de capital educativo bajo triplican a los biparentales de capital educativo alto. Cabe destacarse que solo entre los hogares urbanos cuyos recursos provienen del sector menos productivo de la economía (es decir, del trabajo informal, por cuenta propia o de emprendimientos familiares) el peso relativo de los hogares ampliados es mayor. En cambio, en el área rural, la presencia de hogares ampliados no difiere de la que presenta el conjunto de la distribución. La articulación entre los recursos que pueden movilizar los hogares y los lugares disponibles en el ámbito laboral da lugar a diferencias significativas en la calidad de vida.

**Cuadro 3**

**Probabilidad de pertenecer al 30% de hogares con menores ingresos per cápita familiares según inserción laboral del hogar por capital educativo y composición del núcleo conyugal. América Latina (15 países), 2005**

INSERCIÓN LABORAL DEL HOGAR	CAPITAL EDUCATIVO Y COMPOSICIÓN DEL NÚCLEO CONYUGAL						TOTAL
	CAPITAL EDUCATIVO BAJO		CAPITAL EDUCATIVO MEDIO		CAPITAL EDUCATIVO ALTO		
	HOGAR MONO-PARENTAL	HOGAR BIPA-RENTAL	HOGAR MONO-PARENTAL	HOGAR BIPA-RENTAL	HOGAR MONO-PARENTAL	HOGAR BIPA-RENTAL	
SECTOR FORMAL ALTO	40,8	34,3	22,4	13,2	4,2	2,7	13,2
SECTOR FORMAL MEDIO	36,0	35,6	27,3	18,6	8,7	6,4	20,4
SECTOR FORMAL BAJO	42,4	42,7	27,4	24,5	9,8	7,4	29,0
SECTOR INFORMAL ESTABLE	50,4	54,2	40,9	29,0	14,6	7,2	37,1
SECTOR INFORMAL MARGINAL	60,2	78,5	63,1	69,9	66,4	38,7	71,8
ÁREA RURAL	61,1	64,6	44,7	43,3	22,9	13,7	57,3
<b>TOTAL</b>	<b>50,7</b>	<b>54,3</b>	<b>33,7</b>	<b>25,7</b>	<b>9,9</b>	<b>6,0</b>	<b>30,0</b>

FUENTE: SITEAL

Una primer aproximación a la calidad de vida resulta de analizar la probabilidad que tienen las familias de quedar posicionadas entre el 30% más pobre en su propio país. La tabla 2.6 permite observar que más de la mitad de los hogares de capital educativo bajo quedan en esta situación, y que este porcentaje asciende aún más cuando los recursos monetarios de los hogares provienen del sector más endeble de la economía informal o del ámbito rural. En los hogares con capital educativo medio, se observa una importante diferencia en función de la composición del núcleo conyugal: el 33,7% de los hogares monoparentales se encuentra por debajo de la línea definida por el percentil 30 de ingresos per cápita familiares mientras que solo el 25,7% de los hogares biparentales se encuentran en esta condición. Esta diferencia porcentual entre hogares monoparentales y biparentales también se registra entre aquellos con capital educativo alto: en el primer caso, el porcentaje de pobres es de 9,9%, mientras que en el segundo se reduce al 6,0%. En consecuencia, se puede apreciar que la presencia de ambos cónyuges logra amortiguar la caída en la pobreza de aquellos hogares que cuentan con recursos educativos medios o altos.

La tabla 3 también permite observar el considerable aumento de hogares pobres entre los que obtienen sus recursos de los sectores más precarios del mercado laboral: el 71,8% entre quienes dependen del sector informal en carácter de trabajadores familiares o por cuenta propia y el 57,3% entre los que provienen de áreas rurales. En contrapartida, solo el 13,2% de los hogares cuya principal fuente de ingresos es el sector más dinámico de la economía cae por debajo de esta línea de pobreza relativa. Estas diferencias son elocuentes respecto a la fuerte segmentación del mercado laboral latinoamericano. Retomando la exposición del capítulo anterior, por un lado los desocupados son una expresión de la exclusión, pero la inclusión laboral remite a condiciones y calidades de vida muy diferentes en función de la zona del mercado del que los hogares obtienen sus recursos.

Hogares con recursos muy diferentes, en contextos que promueven relaciones altamente competitivas, terminan posicionados en situaciones muy disímiles, configurando escenarios sociales sumamente heterogéneos. Aquellos con más recursos logran una inserción más estable en los sectores más dinámicos de la economía y pueden construir su bienestar con la sola participación del jefe de hogar o el cónyuge en actividades productivas. Son hogares que pocas veces deben recurrir a la convivencia con otras personas o familias como estrategia de supervivencia y en general pueden posicionarse por encima del 30% más pobre de las sociedades a las que pertenecen.

En el otro extremo, los hogares con capital educativo bajo, y más aún los monoparentales, construyen sus ingresos en los sectores menos productivos y peor remunerados, por lo que deben involucrar a más miembros en su relación con el mundo del trabajo. Estas familias, aunque comparten frecuentemente su vivienda con otras personas –familiares, o no– que se integran a su vida cotidiana y a su dinámica productiva, tienen altísimas posibilidades de quedar posicionados entre las más pobres.

Es así como se configuran las condiciones para que los niños y adolescentes puedan construir sus trayectorias educativas. ¿Cuentan los adolescentes con el tiempo y la energía necesaria para poder ir a la escuela y aprovechar al máximo su experiencia educativa? No siempre, sobre todo porque muchos de ellos deben trabajar, especialmente en los hogares más vulnerables, con menos recursos.

**Cuadro 4**

Tasa de actividad de adolescentes (14 a 19 años) según inserción laboral del hogar por capital educativo y composición del núcleo conyugal. América Latina (15 países), 2005							
CAPITAL EDUCATIVO Y COMPOSICIÓN DEL NÚCLEO CONYUGAL							TOTAL
INSERCIÓN LABORAL DEL HOGAR	CAPITAL EDUCATIVO BAJO		CAPITAL EDUCATIVO MEDIO		CAPITAL EDUCATIVO ALTO		
	HOGAR MONO-PARENTAL	HOGAR BIPA-RENTAL	HOGAR MONO-PARENTAL	HOGAR BIPA-RENTAL	HOGAR MONO-PARENTAL	HOGAR BIPA-RENTAL	
SECTOR FORMAL ALTO	27,2	34,9	29,8	22,4	16,5	9,1	21,0
SECTOR FORMAL MEDIO	42,1	41,1	31,0	25,8	15,5	12,3	28,4
SECTOR FORMAL BAJO	43,9	41,5	35,1	27,6	19,4	13,4	33,6
SECTOR INFORMAL ESTABLE	44,8	38,6	36,9	29,1	21,9	14,1	34,0
SECTOR INFORMAL MARGINAL	48,9	43,4	37,1	42,3	26,6	11,0	43,3
ÁREA RURAL	59,8	53,4	41,7	37,5	22,1	14,6	50,4
<b>TOTAL</b>	<b>48,4</b>	<b>45,8</b>	<b>34,9</b>	<b>28,3</b>	<b>18,1</b>	<b>11,7</b>	<b>35,6</b>

FUENTE: SITEAL

La tasa de actividad de la población de 14 a 19 años es un indicador clave en esta línea ya que resulta sumamente sensible a la disparidad de situaciones en que se encuentran los jóvenes en función de las características sociales de los hogares en los que residen. En efecto, la correspondencia entre los recursos disponibles en los hogares y el modo en que los referentes adultos del hogar se insertan en el mercado laboral condiciona intensamente las trayectorias educativas de este grupo de edad. En América Latina, más de un tercio de quienes tienen entre 14 y 19 años trabajan o buscan trabajar para suplementar los ingresos de sus hogares que, de otro modo, resultarían insuficientes para la subsistencia.

Como lo muestra la tabla 4, la tasa de actividad de los adolescentes es mayor entre los hogares con menores recursos educativos, en los hogares monoparentales y cuando los referentes del hogar están insertos en los nichos más endeble del mercado laboral. En los hogares rurales con capital educativo bajo, más de la mitad de los adolescentes son económicamente activos. La participación económica de los adolescentes no debe leerse como su exclusión del ámbito escolar ya que una parte considerable de los adolescentes económicamente activos estudian; sin embargo, el nivel de retraso etario entre ellos es mayor, incluso al extremo de que gran parte de los adolescentes activos que estudian asisten al nivel primario. En consecuencia, también son mucho mayores las probabilidades de abandono antes de completar e incluso de iniciar el nivel medio.

En aquellos hogares donde hay adolescentes vinculados al mercado de trabajo, el aporte que ellos hacen representa, en promedio, un tercio del ingreso total. Sin embargo, en aquellos hogares posicionados en los sectores más débiles de la economía y con bajo capital educativo, el aporte que hacen estos jóvenes es realmente alto proporcionalmente, llegando a representar en algunos casos la mitad de los ingresos familiares.

**Cuadro 5**

Porcentaje de los ingresos totales del hogar aportados por los adolescentes (14 a 19 años) según inserción laboral del hogar por capital educativo y composición del núcleo conyugal. América Latina (15 países), 2005							
CAPITAL EDUCATIVO Y COMPOSICIÓN DEL NÚCLEO CONYUGAL							TOTAL
INSERCIÓN LABORAL DEL HOGAR	CAPITAL EDUCATIVO BAJO		CAPITAL EDUCATIVO MEDIO		CAPITAL EDUCATIVO ALTO		
	HOGAR MONO-PARENTAL	HOGAR BIPARENTAL	HOGAR MONO-PARENTAL	HOGAR BIPARENTAL	HOGAR MONO-PARENTAL	HOGAR BIPARENTAL	
SECTOR FORMAL ALTO	25,6	24,8	25,7	18,2	19,6	12,0	20,7
SECTOR FORMAL MEDIO	34,1	27,9	32,2	23,2	19,9	13,9	26,7
SECTOR FORMAL BAJO	36,1	27,8	34,8	26,2	26,2	15,0	30,1
SECTOR INFORMAL ESTABLE	35,5	29,6	34,6	26,6	30,0	20,6	31,5
SECTOR INFORMAL MARGINAL	48,1	40,1	46,5	46,3	34,2	23,5	45,8
ÁREA RURAL	41,3	35,4	28,9	32,6	31,8	19,9	36,4
<b>TOTAL</b>	<b>47,9</b>	<b>34,6</b>	<b>41,5</b>	<b>27,9</b>	<b>33,8</b>	<b>17,2</b>	<b>36,5</b>

FUENTE: SITEAL

En escenarios laborales tan segmentados y competitivos, los puestos de trabajo a los que pueden acceder los adolescentes son los de peor calidad: los más precarios e informales y, en consecuencia, con remuneraciones mucho menores a las que perciben los ocupados en edades centrales. Aún así, sus aportes son, en algunos sectores sociales, fundamentales para la supervivencia de sus hogares. Aparece aquí un obstáculo estructural frente al que poco puede hacerse desde una política educativa: los adolescentes que provienen de hogares con bajos recursos y que se constituyen en un pilar irrenunciable en las estrategias de supervivencia de sus familias.

### **Recursos de los hogares y oportunidades laborales en los diversos escenarios de la región**

De acuerdo con lo ya señalado con respecto a la diversidad de las estructuras productivas en los países de la región, los recursos disponibles en los hogares decrecen desde el grupo 1 hacia el grupo 3. El gráfico 6 muestra que las diferencias significativas se vinculan únicamente al capital educativo de los hogares, ya que en los tres grupos de países considerados la composición es similar: alrededor de una quinta parte son monoparentales.

El grupo 1 es el que presenta el mayor porcentaje de hogares con capital educativo alto (el 30,2%), aunque la mayoría de los hogares (el 57,2%) pertenecen a la categoría de capital educativo medio. En el grupo 2, la proporción de hogares con capital educativo medio (el 44,1%) es similar a la de hogares con capital educativo bajo (el 42,7%). Por último, en el grupo 3, el 70,2% de los hogares están a cargo de adultos que cuentan con menos de 6 años de escolarización.

**Cuadro 6**

**Distribución de los hogares según capital educativo del hogar y composición del núcleo conyugal por grupos de países. América Latina (15 países), 2005**

